



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

¡ A T E N D E D !

A todas las clases de la sociedad, á todos los partidos políticos, á todas las familias honradas, á todas las personas patriotas, dirigimos hoy la palabra.

Atended, les decimos, á la situación actual de la república. Observadla con cuidado: contemplad con detenimiento los hechos que pasa. La situación es mala, se dice frecuentemente y de varias maneras. Y nosotros añadimos: que cada día es peor, y que se nos prepara una pésima.

La situación de las naciones se caracteriza por los hombres que predominan en ellas. Esos hombres obran según su carácter; y ese carácter se determina por los sentimientos que tienen y por las ideas preponderantes en las gentes que mirais figurando en el teatro político, y en las que se agitan y porfian por ascender á él.

No se trata ya de formas de gobierno; tampoco se cuestiona por sistemas administrativos. Y aun esas luchas y reyertas electorales que acabais de ver, son contiendas accidentales, son rencillas de familia, que no importan mucho para mejorar la situación nacional. Si las fracciones rivales, profesan las mismas teorías religiosas, si ellas son mas ó ménos disidentes de las verdades reveladas, si están de acuerdo en ciertos principios subversivos del orden social, no deis mucho interés á esas competencias, que producirán un cambio de decoraciones sin cambiar el drama que años há venimos representando.

Otra es la lucha en que debeis fijar vuestra atención. Atended a ella, observadla sin prevención, sin espíritu de partido, sin preocupación de secta. Notad que en ella se aventura el bienestar y aun la vida de la patria. No quere-

mos escribiros una disertación. Basta que os indiquemos lo que vuestra conciencia y vuestro sentido común pueden percibir con claridad.

Hay una gran lucha, que no se advierte por el ruido de las armas, que no se sostiene por cambios de gobierno, que no se hace ostensible con grandes aparatos. Es la lucha de las buenas y de las malas ideas, de los principios y de los contraprincipios, de la fe y de la incredulidad, de la moral y del vicio, de las verdades políticas y de las teorías quiméricas, del orden social divinamente instituido, y de las utopías socialistas humanamente urdidas.

Reparad en que desde hace muchos años ha ido creciendo sucesivamente el número de personas propensas á inovar, de aquellos espíritus que presumen demasiado de su saber, que creen adquirir mucha ciencia cuando niegan ó dudan muchas verdades reconocidas, que se jactan de ver con mas claridad cuando están más ofuscadas. Oid sus discursos, leed sus escritos notad la versatilidad de su entendimiento, la incoherencia de sus ideas, la arrogancia de su orgullo, el ahinco de variarlo todo á medida de sus concepciones y de sus deseos. Considerad cómo propenden á variar las reglas de conducta de los individuos y de los gobiernos, según lo que quieren que sean, en vez de ordenar el porte de gobiernos y de personas conforme á las reglas preexistentes é instituidas para ellos.

Abundan hoy más que años pasados, aquellos entendimientos superficiales y torcidos que llaman bien al mal y mal al bien, tinieblas á la luz, y luz á las tinieblas.

No es necesario recordar á que punto se ha llegado en la série de mudanzas religiosas y sociales. No importa tanto atender á lo que ha sucedido cuanto á lo que está próximo á suceder. Loable tarea es ocuparse en reparar los males pasados; pero no es menos urgente y laudable dedicarse á impedir los venideros. El mal moral por su naturaleza no es estacionario: crece gradualmente y rápidamente. Los males padecidos, pronostican los que podemos quizás padecer. Las causas producen siempre sus efectos. Si unos sofismas y unas teorías, puestos en juego, depararon el predominio de la irreligión, la desmoralización, la expoliación y las ruinas y miserias que lamentamos, otros sofismas y otras teorías más avanzadas producirán mayor impiedad, más depravación en las costumbres, más violentos ataques á las propiedades, más trascendentales desastres

en la fortuna de las familias. No decimos una congetura; referimos un hecho. Mirad los escritos contemporáneos, oid las peroraciones de los discurredos, catad en los proyectos de los maniáticos de innovaciones. La reforma consumada es el preámbulo de otra reforma que se proyecta ya. En otro tiempo pareció á muchos difícil y aun imposible lo que ya contemplan realizado: entónces oyeron con indolencia y hasta con desagrado, el pronóstico de los males que ya sentimos. Fiados en su prudencia y en sus cálculos, no precavieron los infortunios presentes. ¿Estarán hoy aleccionados en la desgracia? ¿Creerán que se traman peores males, que aun es posible impedir? ¿O se fiarán hoy, como ántes, de su previsión y de su experiencia para despreciar los pronósticos y los avisos de mas inmensos males? ¡Ojalá que las clases y partidos, las familias y los hombres de probidad, instruidos en las adversidades presentes, adviertan que se predisponen otras mayores y se resuelvan á concertar su cooperación y unir sus esfuerzos para frustrarlas!

Así como las viejas teorías de la revolución francesa produjeron la reforma mexicana, las nuevas teorías de la demagogia socialista producirán una reforma social bien desastrosa, que todavía es fácil impedir. Hay entre nosotros, donde la ley permite escribir todo lo que se escribe, ciertas gentes que á modo de micos se inclinan facilmente á remedar los males que proyectan o realizan en el viejo mundo los disidentes de la fe de Jesucristo. Los absurdos, iniquidades, tiranías y crímenes de la demagogia socialista, que reinó en la municipalidad de París como las furias que imaginaba el paganismo, han causado aversión y terror en todas las almas generosas y pródidas, en todos los corazones de nobles sentimientos. Pero han hallado también simpatías en algunos mexicanos, precisamente por lo que todo ello tiene de irreligioso y atentatorio. Si no se han aceptado por entero los programas satánicos de la Internacional y de la Communa, al ménos es cierto que algunos han acogido lo sustancial de esos programas, la idea característica del socialismo; esto es la reforma radical de la sociedad, independiendo al hombre de Dios, la moral de la religión, la propiedad de la moral, la ley humana de la divina. La opinión pública reprime todavía en México la manifestación franca del socialismo. Pero él existe ya en la mente y en los discursos de muchos novadores.

Ya no hay propiedad eclesiástica que atacar. En el desarrollo de los sofismas expoliatorios tocaría el turno a los grandes particulares. Ya está muy indicado el ataque. Si los sofistas ascienden al poder, sus paralogismos pronto se truecan en leyes, y entónces la argumentación que disipa el paralogismo, es la expresión de la desobediencia.

Cuantos crean todavía en la religión verdadera, en la sana moral, en la autoridad y derechos de la familia, en la potestad de los gobiernos, en la inmunidad de la propiedad, en que la libertad sólo es para el bien y no para el mal, sean de la clase que fuere, monarquistas ó demócratas, centralistas ó federalistas deben mirar con seriedad este asunto y emplear todos los medios que por derecho natural y por nuestro derecho público tienen para cooperar por la educación, por la prensa y aún por las conversaciones, para contener el incremento de ese mal: y en el ejercicio de sus derechos electivos, no favorecer nunca con su voto, ni aun para los oficios inferiores de la república, á esos funestos ilusos, á esos entendimientos enfermos que despóticamente aspiran á imponer sus propias utopías á la sociedad. Bastante conocido son ya los que ostentan este género de ideas, y los hombres influyentes de todas las clases y en todos los partidos de buena fe, harán un servicio á la patria con alejar del ejercicio del poder público, á esos perniciosos inventores ó serviles copistas de falacias religiosas y sociales.

Miguel Martínez.

La Voz de México. Miércoles 16 de Agosto de 1871.